



#5

Junio 2021

Estados Unidos: **miradas críticas** desde Nuestra América

**Los primeros
100 días del
gobierno
de Biden**

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Estudios sobre
Estados Unidos**



CLACSO

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Yasmín Martínez Carreón
Sonia Winer
Leandro Morgenfeld
Luis Suárez Salazar
Mariano del Pópulo
Raúl Rodríguez Rodríguez
Gabriel E. Merino
Fabio Grobart Sunshine

Estados Unidos : miradas críticas desde Nuestra América : los primeros 100 días del gobierno de Biden / Yasmín Martínez Carreón ... [et al.] ; coordinación general de Leandro Ariel Morgenfeld. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-924-0

1. Estados Unidos. 2. Política Internacional. I. Martínez Carreón, Yasmín. I. Morgenfeld, Leandro Ariel, coord.
CDD 320.973



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial
Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
María Leguizamón - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga
y Tomás Bontempo.

ISBN 978-987-722-635-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | CI023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Coordinadores/as

Leandro Ariel Morgenfeld
Instituto de Investigaciones
de Historia Económica y Social
Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires
Argentina
leandromorgenfeld@hotmail.com

Mariana Aparicio Ramírez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México
México
aparicio.mariana@politicas.unam.mx

Coordinadoras del Boletín #5

Yasmín Martínez Carreón
Sonia Winer

Contenido

- 5 Introducción**
Yasmín Martínez Carreón
Sonia Winer
Coordinadoras del Boletín #5
- 9 Biden, América Latina y las mutaciones geopolíticas**
Leandro Morgenfeld
- 17 Las políticas del gobierno de Joe Biden hacia Nuestra América**
Un análisis provisorio de sus primeros 100 días
Luis Suárez Salazar
- 26 La razón humanitaria en la política exterior de Biden hacia América Latina y el Caribe**
Mariano Del Pópolo
- 33 Cuba-Estados Unidos 100 días después**
Biden no es Obama
Raúl Rodríguez Rodríguez
- 40 La puja por Afganistán y el declive relativo de Estados Unidos**
Gabriel E. Merino
- 48 Los primeros 100 días del gobierno de Biden**
Política científico-tecnológica-innovativa
Fabio Grobart Sunshine
- 57 Conversatorio virtual**
America is back? Biden y la transición del poder hegemónico global

Estados Unidos: **miradas críticas** desde Nuestra América
Número 5 · Junio 2021

Introducción

Yasmín Martínez Carreón*
Sonia Winer**

Coordinadoras del Boletín #5

El quinto número de nuestro boletín se focaliza en el análisis de los primeros 100 días del gobierno de Joe Biden desde diferentes aspectos. El abordaje crítico del devenir del sistema económico, político, social, cultural y militar estadounidense ha sido objeto de estudio de este grupo de trabajo desde su fundación, en 2004. En publicaciones previas - *Crisis de hegemonía de Estados Unidos (2007)*, *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas formas de legitimación (2010)*, *Estados Unidos más allá de la crisis (2012)*, *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional (2016)* y *Estados Unidos contra el mundo. Trump y la nueva geopolítica (2018)* - hemos venido analizando el proceso de declive hegemónico de Estados Unidos, exacerbado por la debacle sanitaria y del capitalismo.

En este sentido, en el contexto de las elecciones presidenciales que se celebraron el pasado 3 de noviembre de 2020, Estados Unidos se enfrentaba a una crisis multifacética -recesión económica, crisis del modelo de democracia liberal, reacción social al racismo, pugna al interior de fracciones dominantes, transformaciones en el sistema-mundo planetario y un declive relativo de su posición como potencia hegemónica-, la cual

* Asistente de investigación en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

** Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

se aceleró tras el surgimiento del nuevo coronavirus SARS-Cov-2, que origina una pandemia por medio de la enfermedad COVID-19.

En consecuencia, el triunfo electoral de Biden suscitó una serie de expectativas con respecto al rumbo que tomaría la Casa Blanca, particularmente en comparación con la administración de Donald Trump (2017-2021). El principal interrogante es si esta nueva administración podrá sacar al país de la crisis mencionada o la profundizará y qué estrategias e impactos se desplegarán en América Latina y el Caribe y en el resto del mundo.

En esta línea de pensamiento, los trabajos que conforman este boletín problematizan distintos aspectos de la política exterior del nuevo gobierno, a la vez que abordan elementos concretos que permiten analizar el rumbo de la administración demócrata en sus primeros meses.

Así, el artículo de Leandro Morgenfeld presenta las primeras directrices y la estrategia de Biden al tiempo que da cuenta del escenario al que se enfrenta Estados Unidos tras la derrota de Trump. El autor argumenta que, si bien se esperan cambios en la política hemisférica, las continuidades con respecto a los gobiernos previos son significativas. A pesar de ellos, aclara que existen diferencias en las tácticas empleadas, destacando que Biden apela más al *soft power* y al multilateralismo. En el escenario planetario, esto posibilita el fortalecimiento de las alianzas tradicionales de Estados Unidos, e incluso un posible entendimiento con Rusia y China. En el caso de América Latina, este enfoque de multilateralismo permitiría a Washington retomar su proyecto hegemónico en la región, particularmente a través de la próxima Cumbre de las Américas 2021, y quizás poner freno o desacelerar al avance de la ultraderecha en el continente.

La contribución de Luis Suárez enfatiza lo ya mencionado por Morgenfeld con respecto a la continuidad de la política hemisférica estadounidense. Destaca que el actual gobierno conserva los pilares de la estrategia que desplegaron Barack Obama y Trump hacia el Caribe, México, Centroamérica y respecto de la presencia de China y Rusia en la región.

Argumenta además que, en estos 100 días, la administración de Biden ha mantenido una buena relación con la mayor parte de los representantes políticos latinoamericanos más conservadores y pro estadounidenses, mientras que continúa con una política hostil hacia el gobierno venezolano. En este sentido, con independencia de los cambios en la retórica, Biden continuará emprendiendo acciones dirigidas a preservar y fortalecer el sistema de dominación de Estados Unidos sobre los pueblos de América Latina.

Mariano del Pópolo también subraya la importancia de la región para la seguridad de la potencia imperialista y su trabajo inter-agencial para afianzar su dominio -en especial, el papel de la *USAID*-, asimismo, visibiliza las discusiones sobre la política del Comando Sur respecto del denominado “triángulo norte centroamericano” y pone el foco las gestiones e iniciativas estratégicas impulsadas por la administración demócrata en países como México, Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, entre otros.

Raúl Rodríguez, por su parte, se enfoca en identificar los elementos que vinculan la actual política de Biden con la del presidente Obama, ambas basadas en el fundamentalismo de mercado y en la vinculación con los tanques de pensamiento para reforzar la hegemonía global a través de la disputa geopolítica. Sin embargo, la posición de Biden marca una ruptura con respecto a la política de sus predecesores en tanto se dirige a frenar la crisis interna, así como contener el declive hegemónico estadounidense. El sur global queda en segundo plano, lo cual se demuestra claramente al analizar el caso cubano.

Por su parte, dando continuidad al análisis del escenario global y a las cuestiones geopolíticas, la contribución de Gabriel Merino detalla la lucha por el control de Afganistán entre Rusia, China, y Estados Unidos desde finales de la Guerra Fría. En este sentido, da cuenta que el retiro de tropas, tanto estadounidenses como aliadas en el marco de la OTAN, que ha promovido Biden, se evidencia como la única alternativa posible pues la Casa Blanca ha perdido definitivamente su posición de privilegio en el país persa ante el impulso propiciado desde Pekín.

Por último, el artículo de Fabio Grobart se vuelca al análisis de políticas específicas de la nueva administración, con el objetivo de identificar los cambios y rupturas en comparación con el gobierno de Trump. En sus primeros 100 días, Biden ha revertido una serie de decisiones ejecutivas de la administración anterior. Se ha enfocado en reencaminar a Estados Unidos a los acuerdos climáticos y a incorporar nuevas políticas energéticas, así como reforzar las políticas de igualdad y diversidad. De igual manera, esta contribución analiza detalladamente la política científico-tecnológica promovida por Biden, particularmente en lo que se refiere a sobrellevar la pandemia por Covid-19, enfatizando los cambios con respecto a la administración anterior.

Con este quinto número de nuestro boletín, el grupo de trabajo Estudios sobre Estados Unidos pretende contribuir a la comprensión de los fenómenos actuales de la realidad estadounidense tras los primeros 100 días de gobierno de Biden, los cuales tienen un impacto importante en América Latina y el Caribe. Destacamos la trascendencia que tiene este análisis en el contexto de la crisis actual por la pandemia de COVID-19 como requisito para llevar a cabo acciones transformadoras en América Latina.

Biden, América Latina y las mutaciones geopolíticas

Leandro Morgenfeld*

El fin del gobierno de Donald Trump implica una serie de cambios en la política hemisférica de Estados Unidos. Sin embargo, no hay que sobreestimarlos, ya que las continuidades son también significativas. Joe Biden señaló que los objetivos de su política hacia América Latina y el Caribe son promover la democracia, combatir la corrupción y el cambio climático, impulsar las energías renovables, potenciar la presencia del capital estadounidense y contener a China y Rusia. En este artículo analizamos los lineamientos de su estrategia, en el contexto de la crisis sistémica que expuso la pandemia y del recrudecimiento de la disputa geopolítica entre Washington, Pekín y Moscú.

El escenario que se abre tras la derrota de Trump

A pesar de la alternancia entre demócratas y republicanos, los objetivos estratégicos de Estados Unidos hacia la región se mantienen desde hace dos siglos, cuando se planteó la Doctrina Monroe (1823): alejar a las potencias extra-hemisféricas, mantener el control del *patio trasero* y tratar

* Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Investigador Adjunto del CONICET. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

de evitar que avance cualquier proyecto de coordinación política e integración latinoamericana. Divide y reinarás. El llamado “gobierno permanente de las grandes corporaciones”, el complejo militar-industrial y de inteligencia y el equilibrio de pesos y contrapesos bloquea cualquier alternativa de cambio real, como la que podía haber expresado Bernie Sanders, quien sí fue muy crítico del injerencismo estadounidense. Ante cada cambio de los inquilinos de la Casa Blanca, hay más continuidades que las aparentes. Tener esto en claro es fundamental para no alimentar falsas expectativas. Ya Obama decepcionó a quienes creyeron en su promesa de 2009 de una nueva relación “entre iguales” con los países de la región.

Sin embargo, para la América Latina no daba igual que ganase Trump o Biden en noviembre pasado. Comparten objetivos, pero existen diferencias en las tácticas y las modalidades empleadas, en el uso de *hard* (Trump) o *soft power* (Biden), en apelar más al bilateralismo (Trump) o al multilateralismo (Biden) y en la retórica más o menos agresiva, por ejemplo, contra Cuba. El actual presidente se enmarca en la corriente que adscribe al “internacionalismo liberal”, o sea a la fracción globalista de la clase dominante estadounidense.

La reelección de Trump hubiera potenciado a las ultraderechas, como ocurrió con Bolsonaro en Brasil en 2018. Sin Trump en la Casa Blanca, es difícil imaginar que el militar podría haberse encaramado en el poder. Lo mismo puede decirse sobre la ofensiva contra cualquier política económico-social incluso tímidamente igualitarista, o contra los derechos sociales conquistados o por conquistar (sindicales, de las diversidades sexuales, del aborto legal, de las luchas de los pueblos originarios por las tierras o de los ambientalistas contra el extractivismo). Cuatro años más de Trump hubieran implicado un corrimiento todavía mayor hacia a la derecha en todo el mundo, y en especial en América Latina. Es cierto que el magnate no promovió los mega acuerdos de libre comercio que impulsaban los globalistas ni impulsó guerras en el extranjero. Pero el avance de la internacional ultraderechista apañada por los trumpistas y sus émulos latinoamericanos hubiera implicado un peligro enorme para la región. La derrota de Trump, entonces, debilita al gobierno de Brasil

y a todas las fuerzas y líderes, en cada país de la región, que se referenciaban en ellos.

Para América Latina esto puede significar una enorme oportunidad. La vuelta al poder de Luis Arce y el MAS en Bolivia, sumada al triunfo popular en el plebiscito del 25 de octubre en Chile para reformar la constitución pinochetista y el buen resultado electoral del correísmo en la primera vuelta de Ecuador en febrero, más el retorno de Lula como posible candidato en Brasil en 2022, auguran un nuevo ciclo de protagonismo de los pueblos y las fuerzas sociales y políticas radicales y progresistas en la región, luego de las enormes movilizaciones de los últimos meses del 2019, pausadas por el estallido de la pandemia.

Como señaló Evo Morales el lunes 19 de octubre pasado, horas después del contundente triunfo electoral, es el momento de reconstruir la UNASUR y demás herramientas regionales de coordinación y cooperación política, atacadas por gobiernos derechistas en los últimos años. Álvaro García Linera, hace algo más de dos años y, frente a tantos agoreros que pronosticaban una robusta restauración conservadora, pronosticó que no habría un largo invierno neoliberal ya que, a diferencia de los años noventa de siglo pasado, cuando se impuso el llamado *Consenso de Washington*, el neoliberalismo del siglo XXI no tenía un proyecto. Parecía, más bien, un “neoliberalismo zombi”, con poco combustible. La crisis hegemónica del imperio –en cuyo seno miles y miles de jóvenes que simpatizan con el socialismo se lanzan a la participación política– genera condiciones para que el renovado protagonismo de los pueblos latinoamericanos impulse un cambio histórico y ponga en marcha la construcción de la tantas veces anhelada Patria Grande. La región podrá aprovechar la circunstancia de que el gobierno estadounidense deberá abocarse mucho más a las fracturas domésticas que a la proyección hegemónica global.

Smart power y multilateralismo para afrontar los desafíos geopolíticos

Cuando a principios de febrero dio su primer discurso en el Departamento de Estado, Biden declaró pomposamente: “Estados Unidos ha vuelto. La diplomacia está en el centro de nuestra política exterior”. Allí expuso los lineamientos: caracterizó a China como su “mayor competidor” (“Enfrentaremos los abusos económicos de China, contrarrestaremos su acción agresiva y coercitiva para rechazar el ataque de China a los derechos humanos, la propiedad intelectual y la gobernanza global. Pero estamos listos para trabajar con Beijing cuando sea de interés para Estados Unidos hacerlo”), endureció el tono con Rusia (“Le dejé en claro al presidente Putin, de una manera muy diferente a la de mi predecesor, que los días en que Estados Unidos se volcaba ante las acciones agresivas de Rusia, interfiriendo con nuestras elecciones, ciberataques, envenenando a sus ciudadanos, se acabaron”), denunció violaciones de derechos humanos, exaltó a las agencias de seguridad estadounidenses y planteó que cooperaría con el resto del mundo. Al mismo tiempo, realizó tres anuncios, que en parte modifican orientaciones de su antecesor: aumentó el límite de refugiados admitidos (de 15.000 a 125.000), el fin del apoyo de Estados Unidos a la ofensiva de sus aliados en la guerra de Yemen y el freno a la retirada de tropas estadounidenses de Alemania.

Más allá de mantener el objetivo geopolítico de frenar el avance chino, la estrategia es parcialmente distinta a la de Trump. Apeló a la cooperación internacional, y al fortalecimiento de las alianzas tradicionales, aunque también a la posibilidad de entendimientos con Moscú y Pekín: “Liderar con la diplomacia significa trabajar codo a codo con nuestros aliados y socios clave de nuevo. (...) Al liderar con diplomacia, también debemos trabajar con nuestros adversarios y competidores de forma diplomática, cuando esté en nuestro interés y en el de la mejora de seguridad del pueblo estadounidense”. Como ejemplo, señaló el acuerdo entre Estados Unidos y Rusia para extender, por otros cinco años, el tratado de armas nucleares *Start*.

En esa línea, remarcó la vuelta de Estados Unidos al Acuerdo de París y la cumbre multilateral sobre el cambio climático, realizada el 22 y 23 de abril, para la cual convocó a líderes de los cinco continentes. Estados Unidos también volvió a la Organización Mundial de la Salud (OMS), bastardeada por Trump. En las últimas semanas se están intentando re-flotar, además, las negociaciones con Irán, en función de volver a un acuerdo nuclear, como el logrado durante la Administración Obama, del que Trump se había retirado.

Para comandar la política exterior, Biden eligió a Antony Blinken, uno de sus asesores más cercanos, quien ofició como el “número dos” del Departamento de Estado entre 2015 y 2017. Ya hace casi dos décadas que trabaja con el ahora presidente, desde que en el senado participaba en el Comité de Relaciones Exteriores, y luego ofició como su asesor de seguridad nacional durante sus ocho años como vicepresidente de la Administración Obama. Conocido eurófilo y ferviente multilateralista, el actual jefe de la diplomacia estadounidense augura una orientación similar a la que se desplegó durante el último gobierno demócrata. Su estrategia se centrará en intentar restablecer los lazos con los aliados tradicionales de Estados Unidos –muchos de ellos fustigados por Trump- y privilegiar los foros multilaterales desdeñados por el antecesor de Biden.

La política hacia América Latina

Biden está intentando mejorar la alicaída imagen de su gobierno en la región, apelando al multilateralismo –previsiblemente, utilizará su condición de anfitrión en la Cumbre de las Américas 2021 para escenificar un nuevo vínculo más respetuoso y menos prepotente hacia los países de la región-, retomará cierto diálogo con Cuba (aunque por ahora no dio señales de dar marcha atrás con el endurecimiento que se registró durante la Administración Trump) y mantendrá las presiones y sanciones contra Venezuela, pero quizás con una estrategia que involucre a más actores internacionales (la Unión Europea y, quizás, algunos gobiernos latinoamericanos).

A diferencia de Trump, quien no visitó la región durante sus cuatro años en la Casa Blanca (excepto el fugaz viaje a Buenos Aires, pero para asistir a la cumbre de mandatarios del G20 en noviembre de 2018), Biden viajó 16 veces a América Latina y el Caribe durante los ocho años en los que secundó a Obama. Seguramente priorizará el diálogo con nuevos interlocutores, como Alberto Fernández, en vez de Jair Bolsonaro, quien atraviesa un momento de gran debilidad, producto de su pésimo manejo de la crisis sanitaria y de haber perdido a su principal referente y casi único sostén internacional, Trump. Avanzará con la siempre postergada reforma migratoria –que involucra a millones de hispanos, denostados por su antecesor- y ampliará la agenda de temas en las relaciones interamericanas –incluyendo lo vinculado a lo medioambiental-. Obviamente, el objetivo seguirá siendo contener la creciente presencia china, pero con herramientas y recursos parcialmente distintos a los empleados por la saliente administración republicana.

Por el tema migratorio, habrá un énfasis especial en el vínculo con el triángulo México-Centroamérica-Caribe (Biden prometió destinar 4.000 millones de dólares a América Central, como parte de una estrategia para reducir los incentivos para emigrar hacia Estados Unidos) y se espera que, de alguna manera, se retome el proceso de normalización de las relaciones con Cuba, que había iniciado Obama en su segundo mandato y fue congelado y parcialmente revertido durante la Administración Trump, por presión del lobby de Miami y en particular del senador Marco Rubio. En América del Sur, la prioridad será encontrar una manera de forzar la salida de Nicolás Maduro, tras el fracaso de la estrategia de Trump y Guaidó (aunque la Administración Biden sigue reconociéndolo como “presidente encargado”, a diferencia de la Unión Europea), y a la vez reorientar las relaciones con el gobierno de Bolsonaro, con el que existe una débil afinidad ideológica y diferencias por las políticas medioambientales, fundamentalmente en torno a la deforestación de la Amazonia.

Hacia la Cumbre de las Américas

Aunque todavía es pronto para realizar un balance de la política de Biden hacia la región, ciertamente la Cumbre de las Américas, de la cual Estados Unidos volverá a ser anfitrión este año (la primera se realizó en Miami, en 1994, cuando el país del norte pretendía imponer el ALCA), será un termómetro para analizar el estado de las relaciones interamericanas. Veremos si se parece más a la Cumbre de Mar del Plata de 2005, cuando Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y Venezuela rechazaron el proyecto hegemónico de Estados Unidos, en función de una estrategia de integración latinoamericana potencialmente más autónoma, o a la última de 2018, en la que primó la intrascendencia (Trump faltó a último momento, al igual que muchos otros mandatarios, debido a la creciente irrelevancia de esta instancia multilateral y a la falta de estrategia latinoamericana coordinada, producto del ascenso de gobiernos derechistas alineados con Washington). Se verá en este cónclave continental qué tiene el nuevo gobierno de Estados Unidos para ofrecer a la región, frente a una China cada día más presente económicamente y ante la reemergencia de gobiernos progresistas que plantean, al menos como horizonte, retomar la senda de coordinación y cooperación política regional. Tal como suelen hacer los demócratas, seguramente se insistirá en que la Casa Blanca procura promover la democracia, los derechos humanos y el respeto por el Estado de derecho en la región, aunque históricamente esa fue la justificación para atacar a gobiernos no alineados con Washington. En la Cumbre de 2009, en Trinidad y Tobago, Obama prometió una nueva “relación entre iguales” con los países latinoamericanos. Sin embargo, la esperanza que había generado en ese encuentro se transformó rápidamente en decepción.

Lo cierto es que, más allá de los cambios parciales en los instrumentos y en las tácticas que desplegará la Administración Biden, como ocurre desde hace décadas, Estados Unidos no cejará en su objetivo estratégico de intentar mantener a América Latina como su *patio trasero*, es decir como su zona de influencia, alejando por un lado a las potencias extrahemisféricas (hoy especialmente China y Rusia), pero también intentando frenar cualquier proyecto o iniciativa de integración regional. Divide

y reinarás seguirá siendo su política hacia la región, que debe recuperar la iniciativa, aprovechar el contexto de creciente confrontación geopolítica y trazar una estrategia de coordinación y cooperación políticas, en función de retomar el proyecto de integración latinoamericana, que permita ampliar los márgenes de autonomía.

Las políticas del gobierno de Joe Biden hacia Nuestra América

Un análisis provisorio de sus primeros 100 días

Luis Suárez Salazar*

Introducción

En un artículo que publiqué en octubre de 2020, adelanté mi criterio de que los actores sociales, políticos, estatales y no estatales de América Latina y del Caribe no debían albergar “infundadas esperanzas” respecto a que, en caso de que resultara electo, el actual presidente estadounidense Joseph (Joe) Biden iba a modificar buena parte de las políticas desplegadas por la maquinaria burocrático-militar estadounidense durante el Gobierno de Donald Trump con el propósito de profundizar el sistema de dominación (hegemonía, acorazada con la fuerza) esa potencia imperialista sobre los 33 Estados del “sur político del continente americano” (Suárez, 2020).

* Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, Cuba. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

Si bien considero que 100 días no son suficientes para realizar un análisis documentado de ninguna de las dimensiones de la política internacional que en el futuro previsible desplegará la actual administración demócrata, en las páginas que siguen solo referiré los principales cambios y continuidades en las políticas hacia los Gobiernos instalados en los Estados ubicados al Sur del Río Grande y de la península de Florida que, bajo “el imperativo de promover la democracia y el buen gobierno, así como “la prosperidad y la seguridad” de esa región, han venido enunciando tanto Biden, como su vicepresidenta Kamala Harris y su Secretario de Estado, Antony Blinken (Trudeau, 2021).

Algunas de las acciones contra Nuestra América del gobierno de Biden

Este último será el encargado de coordinar la implementación de la “Guía provisional de la estrategia de seguridad nacional” (GPESN), en la que “se describe la visión del presidente Joe Biden sobre cómo Estados Unidos se involucrará con el mundo”(Ritter, 2021). En consecuencia, servirá “como una directriz para que las agencias federales alineen sus prioridades mientras [su equipo] elabora una estrategia más concreta a largo plazo” (Espinoza, 2021). Esta deberá estar concluida a más tardar a comienzos del 2022.

Sin embargo, ni en la GPESN, ni en el discurso pronunciado por Blinken el 3 de marzo del presente año se han definido la fecha en que se efectuará en Estados Unidos la Novena Cumbre de las Américas inicialmente pautada para abril del presente año. Ello y la ausencia de referencias hacia esa región en la alocución que pronunció Biden ante ambas cámaras del Congreso en vísperas de cumplir sus primeros cien días en la Casa Blanca (Arboleya, 2021), me inducen a pensar que su administración le dará continuidad a buena parte de las estrategias emprendidas durante los cuatro años del gobierno temporal de Donald Trump.

Así lo indican las buenas relaciones que, a pesar de algunas críticas puntuales, sigue manteniendo la actual administración demócrata con la

mayor parte de los Gobiernos latinoamericanos y caribeños controlados por los representantes políticos de los sectores más conservadores y pro estadounidenses de las clases dominantes de Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Santa Lucía, Surinam y Uruguay.

Igualmente, la continuidad de las acciones emprendidas durante la administración de Donald Trump contra los actuales gobiernos de Cuba, Nicaragua y Venezuela. En el que parece ser el único cambio que hasta ahora se ha anunciado, Blinken aseveró que, en los próximos años, Estados Unidos no promoverá “la democracia mediante costosas intervenciones militares o intentando derrocar regímenes autoritarios por la fuerza” (Blinken, 2021).

No obstante, al igual que sus dos antecesores, el actual mandatario estadounidense nuevamente calificó al actual gobierno venezolano como una “amenaza inusual y extraordinaria para la política exterior y la seguridad nacional” de esa potencia imperialista. Asimismo, contando con el apoyo bipartidista, mantuvo su reconocimiento al espurio presidente encargado Juan Guaidó y anunció que, junto a sus aliados latinoamericanos y de otras regiones del mundo, mantendrá sus sanciones contra el gobierno constitucional de Nicolás Maduro “hasta que existan condiciones mínimas para algún tipo de negociaciones” con las fuerzas opositoras reconocidas por Estados Unidos (Espinoza, 2011). De estas parecen estar excluidas las que participaron en los comicios del 2020 para elegir los Diputados a la Asamblea Nacional venezolana y que recientemente acordaron participar en las elecciones estatales y municipales que se realizaran en ese país a fines de ese año.

En lo tocante a Nicaragua, todo parece indicar que el Gobierno de Joe Biden continuará desplegando diversas acciones dirigidas a tratar de unificar a las diferentes fuerzas políticas opuestas al Gobierno de Daniel Ortega con vistas a tratar de lograr su derrota en los comicios previstos para el próximo mes de Octubre y que, en caso de no lograrlo, endurecerá las sanciones económicas que desde 2019 le impuso el

gobierno temporal de Donald Trump, con el apoyo bipartidista del Congreso estadounidense.

Por otra parte, como ha denunciado el Gobierno cubano, presidido por Miguel Díaz-Canel, la actual administración demócrata ha mantenido las 243 medidas aplicadas por su antecesora dirigidas a fortalecer el carácter extraterritorial del “genocida bloqueo económico, comercial y financiero de Estados Unidos contra Cuba”, incluidas las 56 aplicadas en medio de la pandemia del Covid-19 que está afectando a todo el mundo (Díaz-Canel, 2021: 2-7).

Esas sanciones se han conservado con la coartada de que la situación cubana “no es una prioridad” de la política externa del actual gobierno estadounidense (Alzugaray, 2021). Por consiguiente, este ha mantenido a Cuba en las listas de los Estados “violadores de los derechos humanos” y “patrocinadores del terrorismo” elaboradas por el Departamento de Estado. Esta última fue dictaminada por Donald Trump en los últimos días de su mandato.

Todo lo antes dicho se articula con la manera indolente con la que, a pesar de la crisis económica, sanitaria y los eventos naturales severos que los están afectando, la actual administración estadounidense ha venido conduciendo sus interrelaciones con los Gobiernos de izquierda o progresistas instalados en los Pequeños Estados Insulares de Caribe Oriental integrantes de la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio entre los Pueblos (Alba-TCP).

Como he documentado, la desarticulación de esa alianza fue uno de los objetivos fallidos del gobierno temporal de Donald Trump (Suárez, 2021). Sin embargo, en la conferencia virtual que sostuvo Blinken con los 14 ministros de Relaciones Exteriores de la Comunidad de Caribe (CARICOM) no se produjo ningún anuncio novedoso con relación a las políticas hacia esa subregión que en los próximos años desplegará la actual administración demócrata.

Esto me hace suponer que se mantendrán los principales pilares de las estrategias hacia el Caribe insular que desplegaron los Gobiernos de Barack Obama y de Donald Trump: la Iniciativa para la Seguridad y la Iniciativa para la Seguridad Energética de la Cuenca del Caribe. Esta última expresamente dirigida a tratar de descarrilar los convenios de Petrocaribe y del fondo ALBA-Caribe promovidos por los gobiernos venezolanos, presididos por Hugo Chávez y por Nicolas Maduro.

Su “relanzamiento” fue aprobado en el encuentro virtual del XX Consejo Político y del X Consejo de Complementación Económica del Alba-TCP, efectuado a comienzos de julio del pasado año. Esto fue favorecido por la reelección de los primeros ministros de Antigua y Barbudas, Dominica, Granada, Saint Kits y Nieves, así como San Vicente y las Granadinas: Gaston Brown, Roosevelt Skerrit, Keith Mitchell, Thimothy Harris y Ralph Gonsalves, respectivamente.

Asimismo, por la victoria en las elecciones presidenciales efectuadas en Bolivia en octubre del 2020, de los candidatos del Movimiento al Socialismo, Luis Arce Catacora y David Choquehuanca, De ahí el apoyo que ha continuado ofreciéndole la actual administración estadounidense a las fuerzas de la derecha de ese país. Estas han sido tan evidentes que el Encargado de Negocios de Estados Unidos tuvo que ser requerido por la cancillería boliviana por su constante injerencia en sus asuntos internos (Prensa Latina, 2021).

En ese contexto, cabe recordar que previamente los Gobiernos de los Estados integrantes del Alba-TCP habían respaldado las acciones emprendidas por los actuales presidentes de Argentina y México, Alberto Fernández y André Manuel López Obrador (AMLO) con vistas a reactivar las Cumbres de América Latina y el Caribe (CELAC); incluido el cumplimiento de los acuerdos de la II Reunión del Foro Ministerial CELAC-China efectuado en Santiago de Chile en enero del 2018. Según estos, en este año deberá realizarse la III Reunión de ese Foro, en el que se volverá a analizar la inserción de algunos países latinoamericanos en la Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda que ha venido impulsando el Gobierno de la República Popular China (XINJUA, 2018).

Esto y la afirmación de Blinken de que “China es el único país que cuenta con el poder económico, diplomático, militar y tecnológico para desafiar seriamente el poder de Estados Unidos” (Blinken, 2021), contribuyen a explicar las presiones que realizó sobre el actual gobierno argentino, el director para el hemisferio occidental del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Juan González, durante la visita que realizó a Buenos Aires a mediados de abril del presente año.

Según las informaciones disponibles, aprovechando las buenas comunicaciones establecidas entre Biden y Fernández, así como su interés de realizar una visita oficial a Estados Unidos (Morgenfeld, 2021), González le demandó que “rectifique el rumbo” de algunos de los aspectos de su política exterior (incluidas sus relaciones con China y Rusia) como condición necesaria para que el Departamento del Tesoro estadounidense apoye las gestiones que está realizando el Gobierno argentino con vistas a renegociar la multimillonaria deuda contraída por el Gobierno de Mauricio Macri, apoyado por la administración Trump, con el Fondo Monetario Internacional (Armendáriz, 2021).

Cabe destacar que González también visitó Colombia y Uruguay, así como que, previamente, el ahora saliente jefe del Comando Sur de las Fuerzas Armadas estadounidenses, el general Craig Faller, había visitado Uruguay y Argentina. En esta reiteró su preocupación sobre el proyecto de la Armada de ese país de emplazar una base en Ushuaia con el propósito de controlar el estratégico Paso de Drake entre los Océanos Atlántico y Pacífico. Esta se complementaría con la edificación de un “polo logístico” en la Tierra del Fuego, en cuya licitación –según indicó el Ministro de Defensa de la República Popular China, Wei Fenghe, en la visita que realizó a Argentina en marzo de este año— tienen interés de participar varias empresas de su país (Aharonian, 2021).

De manera simultánea, el Gobierno de Biden ha anunciado su propósito de dedicar mil millones de dólares anuales e involucrar al actual gobierno mexicano en el relanzamiento de la Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica (El Salvador, Guatemala y Honduras) impulsada desde 2014 por la administración de Barack Obama y

continuada con mayores componentes militares y en el campo de la “seguridad no tradicional” por la administración de Donald Trump (Suárez, 2019: 187-222).

Aunque esos componentes no han desaparecido, en un comunicado conjunto difundido por el gobierno mexicano después de la reunión virtual sostenida entre Biden y AMLO el 2 de marzo, ambos “reafirmaron la profunda asociación entre ambos países, basada en el respeto mutuo y en el extraordinario vínculo familiar y de amistad”. Al mismo tiempo, “se comprometieron a trabajar juntos para combatir la pandemia de la Covid-19, revitalizar la cooperación económica y a explorar áreas de colaboración frente al cambio climático” (HISPANTV, 2021).

Asimismo, acordaron desarrollar “vías legales” para la gestión de los voluminosos flujos migratorios existentes entre ambos países (incluidos los procedentes de Centroamérica) y ratificaron su compromiso con el Tratado México-Estados Unidos-Canadá suscrito a mediados de 2018 por los ahora ex presidentes Enrique Peña Nieto y Donald Trump, así como por el aún Primer Ministro canadiense, Justin Trudeau.

Sin embargo, días después, la cancillería mexicana se vio compelida a enviar una nota diplomática al Departamento de Estado en la que le demandó la suspensión de los 2,5 millones de dólares que le ha venido ofreciendo su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID) a la organización Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad con vistas a financiar a las fuerzas políticas derechistas opositoras al actual gobierno mexicano (Sputnik, 2021).

A modo de conclusión

Todo lo antes dicho, junto a las exitosas acciones emprendidas por diversas agencias oficiales estadounidenses, con vistas a garantizar la derrota del candidato presidencial de la Unión para la Esperanza, Andrés Arauz, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales realizadas en Ecuador a comienzos de abril del presente año (Arkonada, 2021), me

permiten reiterar que, con independencia de los cambios que puedan producirse en la retórica y en algunas de las prácticas agresivas de la administración precedente, en el futuro previsible el gobierno temporal de Joe Biden continuará emprendiendo diversas acciones dirigidas a preservar y, si le fuera posible, enriquecer los éxitos que durante los cuatro años precedentes obtuvo la maquinaria burocrático-militar de esa potencia imperialista en su afán de fortalecer su sistema de dominación sobre los pueblos de Nuestra América.

BIBLIOGRAFÍA

- Aharonian, Aram 2021 “El comandante Faller en el faro del fin del mundo” (España: *Rebelión*, 12 de abril).
- Alzugaray, Carlos 2021 “Las relaciones cubano-norteamericanas en tiempos de pandemia: un laberinto complejo e incierto” en <<https://toma-partido.fes.de/e/100diasbiden>>, acceso 4 de mayo de 2021.
- Arboleya, Jesús 2021 “Los cien días de Biden para Cuba” (México: *Progreso Semanal*, 5 de abril)
- Arkonada, Katu 2021 “Ecuador: Lenin Moreno y la CIA contra Andrés Arauz” en <<https://www.katuarkonada.info/post/ecuador-leninmorenoylaciacontraandresarauz>>, acceso 15 de marzo de 2021
- Armendáriz, Rubén 2021 “EEUU advierte a la Argentina sobre sus relaciones con Rusia y China” (España: *Rebelión*, 20 de abril).
- Blinken, Antony 2021 “Una política exterior para el pueblo estadounidense” cit. en <<http://www.portalalba.org/index.php/areas/internacional-geopolitica/imperialismo/27087-los-objetivos-del-imperialismo-yanqui-con-el-nuevo-titere-presidente>> acceso 5 de mayo de 2021.
- Díaz-Canel, Miguel 2021 “Discurso pronunciado en la clausura del Octavo Congreso del Partido Comunista de Cuba” (La Habana: *Granma*, 20 de abril)
- Espinoza, Manuel 2021 “Los objetivos del imperialismo yanqui, con el nuevo títere presidente”, <<http://www.portalalba.org/index.php/areas/internacional-geopolitica/imperialismo/27087-los-objetivos-del-imperialismo-yanqui-con-el-nuevo-titere-presidente>> acceso 5 de mayo de 2021.
- HISPANTV, 2021, Ciudad de México 2 marzo.

Morgenfeld, Leandro 2021 “Biden y la Argentina” (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: *Toma Partido*, FES briefing, abril).

Prensa Latina, La Paz, 18 de marzo de 2021.

Ritter, Scott 2021 “El colapso pendiente del ‘Orden Internacional basado en reglas’ es una amenaza existencial para los Estados Unidos” en <rt.com> acceso 30 de marzo de 2021.

Sputnik 2021, Ciudad de México, 7 de mayo.

Suárez Salazar, Luis 2019 “Las estrategias hacia América Latina y el Caribe de la administración de Donald Trump hasta el 2020: algunas anticipaciones”, en Quintana, Juan Ramón (coord.) *América Latina en el proyecto de dominación de Estados Unidos* (La Paz: EGPP-Observatorio de Geopolítica)

Suárez Salazar, Luis 2020 “Las políticas de Estados Unidos hacia América Latina y el

Caribe después de los comicios del 2020: una primera aproximación al escenario más probable”, en *Estados Unidos: situación interna e internacional en el entorno de las elecciones y la pandemia* (México: Anthropos Editorial, Nariño S.L/ Siglo XXI)

Suárez Salazar, Luis 2021 “El gobierno temporal de Donald Trump: ¿crisis o fortalecimiento del sistema de dominación de Estados Unidos sobre el sur del continente americano?”, inédito.

Trudeau, Mirko (2021) “¿Kamala y Blinken repiten la política de Trump para Latinoamérica?” en <<https://estrategia.la/2021/05/05/kamala-y-blinken-repiten-la-politica-de-trump-para-latinoamerica/>> acceso 6 de mayo de 2021.

XINJUA 2018 “Declaración de Santiago II Reunión Ministerial del Foro Celac-China” en <<http://www.chinacelacforum.org/esp>> acceso 22 de enero 2018.

La razón humanitaria en la política exterior de Biden hacia América Latina y el Caribe

Mariano Del Pópolo*

Desde el fin de la guerra fría, Estados Unidos apela cada vez más a un *discurso humanitario*, o en palabras de Didier Fassin, a una *razón humanitaria*, para definir y justificar prácticas de gobierno basadas en sentimientos morales tales como la compasión, la sensibilidad o el altruismo. El conjunto de prácticas y discursos que constituyen la *razón humanitaria* suponen una relación asimétrica entre un poderoso, que es quien ejerce esta razón, y un actor pasivo y subordinado que es objeto de estas prácticas y discursos. Se trata de un intercambio profundamente desigual que, bajo el pretexto de actuar de forma noble ante una situación injusta, busca perpetuar estas relaciones sociales desiguales. Bajo esta razón, se han justificado invasiones militares y se han clasificado a conflictos como *humanitarios*, habilitando una intervención vertical, de arriba hacia abajo, en la cual Estados Unidos se posiciona como potencia hegemónica en un contexto de disputa y enfrentamiento geoestratégico.

* Becario doctoral CONICET e investigador IEALC-UBA. Licenciado en Relaciones Internacionales (UNICEN). Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM). Doctorando en Ciencias Sociales (UBA).

En América Latina, la presencia militar estadounidense a cargo del Comando Sur se sostiene bajo distintas líneas argumentativas: el combate al llamado crimen organizado transnacional, la presencia de grupos armados, y también, la *ayuda humanitaria*. Como señala Fassin, el *discurso humanitario* tiene un rendimiento político alto. Así lo comprende el ex Jefe del Comando Sur James Stavridis, quien en su libro *Partnership for the Americas*, el accionar del Comando Sur catalogado como *humanitario* resulta fundamental para Estados Unidos en tanto aumenta la credibilidad de Estados Unidos a la vez que consolida alianzas existentes y puede dar acceso a nuevas alianzas a partir de la idea de que Estados Unidos no sólo se preocupa por su propia seguridad, sino que se rige por un accionar altruista:

(...) la ayuda puede producir una cantidad significativa de buena voluntad sostenida hacia los Estados Unidos, y particularmente hacia su ejército. Ponerle cara al ejército de los EE. UU., especialmente cuando la cara es la de un médico que realiza cirugías, o la de un equipo de SeaBees que construye un centro médico, solo puede ser una fuerza para mejorar las relaciones internacionales y crear una percepción positiva de los Estados Unidos (Stavridis, 2010, p. 142)

La paradoja de la *ayuda humanitaria* brindada por Estados Unidos es que a lo largo de su historia y particularmente a partir del 2001, se puede observar una creciente imbricación de agencias civiles y militares que ha llevado a una consecuente militarización de la misma. Así, por ejemplo, el accionar conjunto del Comando Sur y la USAID, o la utilización del personal médico del Comando Sur en *misiones humanitarias* como la Operación Continuing Promise -esta operación en el año 2019 fue implementada por la IV Flota del Comando Sur- ha permitido relegitimar la presencia militar en la región, articulando la razón humanitaria con la estrategia de seguridad norteamericana.

De Trump a Biden: ¿consensos bipartidarios o reconfiguración de la política exterior nortamericana?

Autores de distintas corrientes teóricas e intelectuales señalan que América Latina se encuentra en una situación de “irrelevancia estratégica” respecto a Estados Unidos. Lejos de confirmar esto, el gobierno de Trump demostró que, además de fortalecer la *huella reducida* o la presencia silenciosa en el continente, América Latina se volvió una variable cada vez más constante en los discursos de política exterior: se dio marcha atrás con los acuerdos con Cuba firmados por Obama, se profundizó claramente la confrontación, el asedio y el bloqueo contra Venezuela, y se construyó un discurso racista respecto a México, Centroamérica y la migración proveniente de esos países. Y aunque la relación con Latinoamérica y el Caribe muchas veces se analiza fundamentalmente desde el prisma de la cuestión migratoria, hay mucho más en juego. El mismo Comando Sur destaca que la región es, cada vez más, una zona de influencia y de disputa geopolítica en el marco de la competencia entre grandes potencias.

Si al gobierno de Trump lo caracterizó una política exterior y una retórica unilateralista que lo llevó a tensionar con algunos de los aliados tradicionales de Estados Unidos, la llegada de Biden a la presidencia buscó mostrar un cambio de imagen hacia una administración que privilegia el multilateralismo y la recomposición de las relaciones con los aliados de la OTAN y la Unión Europea. Al respecto, autores han señalado que se trata del fin de los grandes consensos bipartidarios en la política exterior estadounidense y la apertura de una nueva etapa signada por la polarización en la política exterior (Myrick, 2021).

Sin embargo, pasados los primeros 100 días de gobierno de Joe Biden se evidencian elementos considerables que permiten trazar importantes continuidades en la política exterior y la estrategia de seguridad estadounidense hacia América Latina y el Caribe.

El discurso de posición ante el Comité de Servicios Armados del Senado del Jefe del Comando Sur, marcó claras tendencias en la política

exterior estadounidense hacia la región. Aunque el discurso sostuvo los lineamientos generales de los años anteriores respecto a las amenazas y desafíos de la política militar norteamericana, hay algunos elementos que resultan sorprendentes o novedosos. En primer lugar, es importante destacar que este discurso se da luego de un año entero de pandemia. El anterior discurso, brindado a fines de Enero de 2020, se desarrolló en un contexto absolutamente disímil. El discurso de Marzo de 2021 evidencia un tono mucho más alarmista respecto a la política de Rusia y China en América Latina y el Caribe, al señalar que el *hemisferio* se encontraba bajo asalto y que Estados Unidos se encontraba perdiendo la ventaja posicional en el continente, requiriendo acciones urgentes para revertirlo. Según el Jefe del Comando Sur, la intervención rusa y china va mucho más allá de la influencia económica: la perspectiva estratégica de la República Popular China con más de 40 puertos en progreso, préstamos significativos que se utilizan como palanca política y otras prácticas estarían debilitando las instituciones democráticas y apalancando el futuro regional.

Además de un diagnóstico alarmista respecto al futuro regional, el discurso de Faller plantea dos novedades respecto al del año anterior. Primero, respecto a la importancia de la política en Centroamérica y la incorporación de Nicaragua como un *actor regional maligno*, según los términos del militar norteamericano. En el discurso del 2020, Nicaragua fue nombrada en una sola oportunidad. En marzo de 2021, fue el cuarto país más nombrado después de China, Rusia y Venezuela. Lógicamente, esto se debe a que el país centroamericano atraviesa un año electoral que se encamina a una nueva victoria sandinista. Pero además, se expresa un claro alineamiento entre los postulados del Comando Sur y la política del Departamento de Estado a cargo de Antony Blinken que se encuentra en una clara ofensiva contra el gobierno nicaragüense y que en Junio de este año estableció nuevas sanciones contra autoridades políticas de este país.

Otra novedad del discurso de Faller ante el Senado se trata de la importancia de la *ayuda humanitaria* en la política del Comando Sur hacia la región. Luego de nombrar las principales amenazas para Estados

Unidos, el Almirante a cargo del Comando Sur señala la principal acción para reforzar la presencia norteamericana en Latinoamérica y el Caribe en un contexto económico y sanitario adverso: la *ayuda humanitaria* brindada para aliviar la carga sobre los sistemas de salud, con una inversión de 56 millones de dólares, sin contar los fondos de la USAID y el Departamento de Estado. Además, la *ayuda humanitaria* brindada por el Comando Sur justifica la presencia militar norteamericana a través de bases permanentes en la región. Según el militar, la presencia en ubicaciones de seguridad cooperativa en El Salvador, Colombia y Curazao, y un sitio de operaciones de avanzada en Honduras, sede de la Fuerza de Tarea Conjunta Bravo (JTF-Bravo), permite responder a la llamada en casos urgentes y generar confianza con los países de la región.

Como mencionamos, la política militar del Comando Sur se encuentra en estrecha sintonía con la desplegada por el Departamento de Estado y toda la administración Biden, mostrando particular interés por la relación con Centroamérica y México. Así, Faller alertó al Senado sobre la presencia creciente de migrantes en los últimos meses en el triángulo norte centroamericano que se dirigían hacia la frontera sur de Estados Unidos. Según el militar estadounidense, la caravana de migrantes incluía también ciudadanos asiáticos y africanos que provenían del “viejo continente” que intentaban ingresar a Estados Unidos, lo que podía significar un problema por si ingresaban “personas indecentes”¹.

En sintonía con ello, resulta importante destacar que el primer viaje del Secretario de Estado Blinken a la región tuvo como destino Costa Rica. En una entrevista que brindó a la CNN en Español, fue consultado respecto a la creciente importancia que le otorgaban China y Rusia a Latinoamérica en lo referido a la distribución de vacunas, Blinken señaló que Estados Unidos era el principal donante ante el mecanismo COVAX de la OMS y destacó la importancia de la ayuda brindada por Estados Unidos.

¹ Ver “Border, Hemispheric Security Discussed at Senate Hearing”, 16 de Marzo de 2021. <https://www.southcom.mil/MEDIA/NEWS-ARTICLES/Article/2539364/border-hemispheric-security-discussed-at-senate-hearing/>

El otro gran asunto de la entrevista fue la presencia de migrantes en Centroamérica que se dirigían a Estados Unidos. Frente a ello, la respuesta de Blinken fue igual de dura que la de sus antecesores: afirmar que las fronteras norteamericanas se encontraban totalmente cerradas. Luego, Blinken reafirmó la promesa de Biden para Centroamérica: una inversión de 4 billones de dólares en 4 años para mejorar las condiciones en la región².

Pocos días después, la vicepresidenta Kamala Harris realizó su primer viaje al exterior en funciones y el destino se trató, nuevamente, de Centroamérica. En esta oportunidad, Harris visitó Guatemala donde dio un discurso con el cuestionado presidente Alejandro Giammatei. El discurso de la vicepresidenta estuvo en sintonía con las declaraciones previamente realizadas por Blinken, y buscaron mostrar una imagen poco flexible respecto a la política migratoria norteamericana: “no vengan, las fronteras están cerradas”. Estados Unidos acompaña su discurso poco flexible en materia migratoria con promesas de financiamiento y fondos de la USAID: en 2021, Guatemala es el país que más dinero recibió de la agencia estadounidense, superando a Colombia que suele ser el país que ocupa el primer puesto en la tabla de asistencia recibida. A diferencia de otros años, la USAID señala que el 100% de los 95 millones de dólares que recibió Guatemala fueron para asistencia económica y ni un sólo dólar tuvo como destino la asistencia en materia de seguridad³.

Los tratos diferenciales que reciben Guatemala y Nicaragua en la política exterior norteamericana, se encuentran estrechamente ligados a un contexto geopolítico de competencia entre grandes potencias y de creciente debilitamiento de las posiciones norteamericanas en la región. Lejos de poder mostrar credenciales en transparencia y democracia, el gobierno de Giammatei se encuentra fuertemente cuestionado por los ataques del Congreso contra el Poder Judicial por las investigaciones de corrupción. Una situación similar atraviesa Honduras, cuyo presidente

² Ver “Secretary Antony J. Blinken with Juan Carlos López of CNN en Español”, 2 de Junio de 2021. <https://www.state.gov/secretary-antony-j-blinken-with-juan-carlos-lopez-of-cnn-en-espanol/>

³ Ver USAID Explorer: https://explorer.usaid.gov/cd/GTM?fiscal_year=2021&measure=Obligations

se encuentra investigado por el mismo Departamento de Justicia de Estados Unidos por su vinculación con el narcotráfico. Esto no ha impedido, sin embargo, una estrecha cooperación con el Comando Sur y que la USAID destine 19 millones de dólares en 2021, siendo el cuarto país que más fondos recibió en la región.

En definitiva, el pretendido multilateralismo de Joe Biden tiene una expresión particular en América Latina y el Caribe, región que es considerada por el Comando Sur como un escenario principal en la competencia con China y Rusia. Particularmente, Centroamérica adquiere renovada relevancia en la estrategia estadounidense para contener la presencia de las potencias competidoras en el continente: a la vez que reproduce un discurso agresivo contra la migración, otorga a los gobiernos que le son afines una importante prioridad en la asistencia externa invocando un *discurso humanitario* que refuerza el rol subordinado de América Latina y el Caribe en su relación con Estados Unidos. Las promesas de inversiones millonarias, los montos enviados por la USAID y la presencia *humanitaria* del Comando Sur operan con una lógica compensatoria ante el discurso y las políticas anti migratorias, a la vez que refuerzan la presencia militar norteamericana en el continente en un contexto de disputa geopolítica y estratégica.

BIBLIOGRAFÍA

Fassin, Didier (2016). *La razón humanitaria. Una historia moral del tiempo presente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Prometeo Libros.

Myrick, Rachel (2021). "America is back -but for how long? Political polarization and the end of U.S. credibility". *Foreign Affairs*, Junio 2021.

Cuba–Estados Unidos 100 días después Biden no es Obama

Raúl Rodríguez Rodríguez*

A inicios del mes de mayo de 2021, a apenas unas semanas de pasar el ya mítico umbral de los 100 días de su administración, el Presidente Biden refrenda la poco diplomática aseveración de uno de sus asesores más cercanos “Joe Biden no es Barack Obama en la política hacia Cuba” afirmó Juan González, director principal del Consejo Nacional de Seguridad para el Hemisferio Occidental a principios de Abril.

Vale apena aclarar que, desde nuestro punto de vista, que tanto Barack Obama como Joe Biden una facción de las élites plutocráticas estadounidenses que representan al ya tradicional “*establishment*” de esa nación y tienen sus bases de apoyo en las arraigadas tecnocracias radicadas desde 1945 en Washington y regionalmente se concentradas en ambas costas, con sus centros en Nueva York y California. Su propuesta es un modelo de capitalismo liberal/financiero/globalista piloteado por los especuladores rentistas radicados en Wall Street y que se rigen por la voracidad de la “economía de casino”, la desregulación financiera y por

* Dr. Raúl Rodríguez Rodríguez es profesor titular y director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos de la Universidad de La Habana y miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

la industria de la alta tecnología de Silicon Valley. Esta versión del capitalismo encuentra caja de resonancia en medios que le dan forma a la opinión pública estadounidense como *CNN, CBS, ABC, CNBC, The New York Times, The Washington Post*; las fundaciones filantrópicas como la Open Society Foundation, Bill & Melinda Gates Foundation, The Rockefeller Foundation y los centros de pensamiento como RAND y Council on Foreign Affairs.

Ni Obama en su periodo de mandato, ni Biden ahora, se distancian de la ideología del *fundamentalismo de mercado*, ni trastocan los fundamentos del capitalismo como modo de producción y como proceso civilizatorio. Biden representa, como Obama en su periodo, otro giro del péndulo político en Estados Unidos. Esa es la tradición del pragmatismo político estadounidense, que se orienta a afianzar el *statu quo* y remozar las bases del imperialismo. En este sentido Biden sí es Obama.

La disputa geopolítica por la hegemonía global y el remozamiento de las bases del imperialismo estadounidense

Las personas seleccionadas por Biden para formar su gobierno tienen, en su mayoría, al menos diez años de experiencia en diferentes instancias del poder ejecutivo y muchos trabajaron durante la Administración de Barack Obama en cargos muy afines a los que han asumido esta vez. Son funcionarios que tienen amplio reconocimiento en Washington y son considerados “demócratas moderados” en el contexto político estadounidense, que creen en el rol del Gobierno, pero que defienden el mercado, la libre empresa y el internacionalismo liberal en política exterior. Varios de ellos son graduados de universidades de la reconocida Ivy League (Harvard, Yale, Princeton, Columbia) y tienen vínculos estrechos con Wall Street y Silicon Valley, otros han pasado por la famosa “puerta giratoria” que implica haber estado vinculado los últimos años a tanques pensantes de orientación demócrata, como es el caso del propio presidente Biden quien, hace 2 años, fundó el Penn Biden Center en la universidad de Pensilvania.

Adicionalmente, el equipo de política exterior y de seguridad nacional de Biden se ha nutrido de 25 graduados de la escuela Walsh de Servicio Exterior de la Universidad de Georgetown, una institución elite de formación para el servicio exterior. Todo esto implica que, a diferencia de su predecesor, Donald Trump, la experiencia en el gobierno y el vínculo con los centros de pensamiento es una característica importante de la nueva administración. En este sentido también Biden también es Obama.

El contexto histórico, momento actual y la situación interna heredada son diferentes para Biden de lo que fueron para Obama. La administración de Joseph Biden ha dado prioridad a su agenda de política interna para enfrentar varias crisis simultáneamente:

- Crisis política marcada por la exacerbada polarización y en la que debe enfrentar el grave desafío de gobernar un territorio en el cual una parte importante de la población y del partido de la oposición no le reconocen ni su autoridad ni su legitimidad. Además, se hace demasiado prematuro asegurar que el fin de Trump en el cargo presidencial sea el final de su corriente ideológica o de su vida política como ex-presidente.
- Crisis económica marcada por una recesión comparable con la crisis de 1930. Unido a esto, los efectos de una pandemia que es más que una gran emergencia sanitaria; es un fenómeno económico y social muy mal manejado por la administración anterior.
- Crisis social caracterizada por el aumento del racismo, el supremacismo blanco y el sentimiento antiinmigrante, ante lo cual amplios sectores de la población exigen acciones concretas en una sociedad estadounidense que experimenta cambios demográficos significativos.
- Una frágil mayoría en ambas cámaras en la que no puede dar por sentado el apoyo de todos los miembros del partido demócrata a todas sus iniciativas.

En términos de política exterior, La administración Biden se ha empeñado en rescatar ese orden liberal global a través del multilateralismo y la diplomacia para reencaminar la disputa geopolítica por el liderazgo mundial según los objetivos hegemónicos de Estados Unidos. Todo esto basado en el internacionalismo liberal con Estados Unidos como líder de Occidente, anclado en el excepcionalísimo estadounidense y su liderazgo como nación indispensable para la estabilidad de ese orden.

En ese camino trazado por la administración, esta se ha planteado enfrentar lo que ha identificado como sus mayores retos:

- la competencia económica y tecnológica de China a la cabeza del mayor bloque económico mundial recién formado en Asia;
- el reto político y militar de Rusia, cuya imagen como potencia científica se ha visto fortalecida por el éxito de la vacuna Sputnik V contra la Covid-19;
- las tensiones en el Medio Oriente, fundamentalmente entre Israel, su principal aliado en la región, e Irán;
- la recomposición de alianzas con Canadá y México en América del Norte, la alianza transatlántica con Unión Europea y su brazo armado, la OTAN, y Japón y Corea del Sur en Asia.

Es válido señalar también que en sus primeros meses Biden y su equipo de política exterior ya han dado pasos que apuntan a direcciones diferentes a Trump en temas como los siguientes: el cambio climático a partir del retorno al Acuerdo de París; la proliferación nuclear, con el acuerdo de prórroga del New Start con Rusia y; en la participación en organismos multilaterales con la reincorporación a la Organización Mundial de la Salud y la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.

La Administración Biden y las Relaciones Estados Unidos América Latina

En este particular debe reconocerse que el vínculo entre Biden y la región de América Latina y el Caribe es más estrecho que el de su predecesor, quien solamente visitó un país del área durante sus 4 años en la Casa Blanca, para asistir a la cumbre del G-20 en 2018. Asimismo, no es ocioso recordar que, en momentos anteriores en su carrera política como senador y después como vice presidente, Biden apoyó estrategias de desestabilización como el Plan Colombia (1999), “la guerra contra el narcotráfico” (2006), la Iniciativa Mérida (2008) y el operativo Rápido y Furioso, entre 2006 y 2011, que facilitó la llegada de armas ilegales a México con el fin de apropiarse los recursos naturales.

Se percibe un cambio de tono, pero no un abandono del Monroismo -unido a un intento de reconstruir el papel de los Estados Unidos como líder político e incluso “moral” a nivel hemisférico-. La próxima Cumbre de las Américas se celebrará en Estados Unidos. Ésta será una ocasión ideal para medir en su totalidad la dirección y la estrategia de la política latinoamericana y caribeña de la Administración estadounidense.

De manera general, para la administración Biden, el hemisferio occidental no parece tener centralidad en su agenda de los primeros meses de su mandato. A juzgar por las acciones emprendidas en este periodo inicial parece primar un cálculo que tiene ver más con el impacto que las decisiones puedan tener en la política interna, como se aprecia en la atención la emigración desde Centroamérica hacia Estados Unidos, y la continuidad en la política hacia Venezuela y Cuba.

La administración Biden y las relaciones Cuba-Estados Unidos

Aunque durante la campaña electoral, el actual presidente estadounidense rechazó y calificó como fallida la política de aumento de sanciones económicas contra Cuba de su antecesor, Donald Trump, y dijo que

la revisaría, hasta Mayo de 2021, si bien ha cesado la sistematicidad y la constante amenaza de nuevas sanciones, ni una de las 240 medidas adoptadas por la administración Trump ha sido revertida. El Gobierno de EE UU no ha dado señal alguna de un futuro acercamiento con Cuba, en varias ocasiones se han limitado a decir que está en curso una revisión y que la relación con Cuba no es una prioridad.

Funcionarios estadounidenses continúan repitiendo la misma línea de mensaje “Biden seguirá adelante con sus promesas de campaña de relajar las restricciones sobre los viajes y las remesas a Cuba, y que buscará dar 20.000 visas al año a los migrantes cubanos”. “Pero la política de Estados Unidos bajo el presidente (Biden) será una en donde los americanos, especialmente los cubano-americanos, son los mejores embajadores de la diplomacia estadounidense “.... “los derechos humanos serán un eje clave en cualquier conversación que tengamos nosotros con el régimen”. Afirmó Juan González, el ya mencionado asesor de Biden para el Hemisferio Occidental.

Todo indica hasta ahora que Biden busca mantener el control de la Cámara de Representantes y se mantiene centrado en su agenda interna, para ello debe tratar de recuperar escaños en la cámara baja en 2022, e intentar que los demócratas retomen la Florida en el 2024. En este sentido difiere de la posición de Obama para quien el cálculo electoral de la Florida no fue determinante en la política hacia Cuba.

Otro aspecto importante es que la correlación de fuerzas en el hemisferio es diferente a la que enfrentó Obama a partir de la Cumbre de las Américas en Cartagena de 2012, en 2021 la derecha regional, a pesar de la gran ola de rechazo popular en su contra, se mantiene en control de Estados claves en la región, como Brasil, Chile, Colombia, y Ecuador, todos aliados de Estados Unidos.

Cuando la administración Biden decida cumplir sus promesas de campaña, no veremos ningún cambio significativo en relación con la política de dos carriles de Estados Unidos a partir del principios de los 1990 con la administración de William Clinton.

Esa política busca el ejercer influencia sobre la evolución de los procesos económicos y políticos en Cuba y lograr un cambio de régimen y para ello trata de:

- Ampliar las licencias para que aumenten los llamados intercambios pueblo a pueblo como política pública que busca ejercer influencia sobre la sociedad cubana, objetivo este que nunca se ha logrado. Al contrario, muchos estadounidenses al entrar en contacto con Cuba y su sociedad quedan más convencidos de la inutilidad y la injusticia del bloqueo económico contra Cuba.
- Facilitar y amentar el tope de las remesas con el objetivo de dar un viso de apariencia humanitaria a la política de guerra económica emprendida contra Cuba y también facilitar los programas del gobierno de EEUU que buscan fortalecer a los grupúsculos contrarrevolucionarios.
- Hacer de la promoción de la democracia representativa y los derechos humanos humanos el centro de su política, solo considerando los derechos individuales, el centro de su política mientras viola los derechos económicos y sociales de la población cubana y el derecho al desarrollo de una nación soberana.

Al final, Juan González no ha podido ser más claro, Biden no es Obama en su política hacia Cuba. En efecto, hasta ahora, al parecer para Biden, su legado tiene más que ver la política interna y con la restauración del orden liberal global, léase contención del declive del imperialismo estadounidense. Para la administración Biden, el sur global queda en un segundo plano y Cuba sigue siendo la isla rebelde cuyo ejemplo de se debe contener y doblegar.

La puja por Afganistán y el declive relativo de Estados Unidos

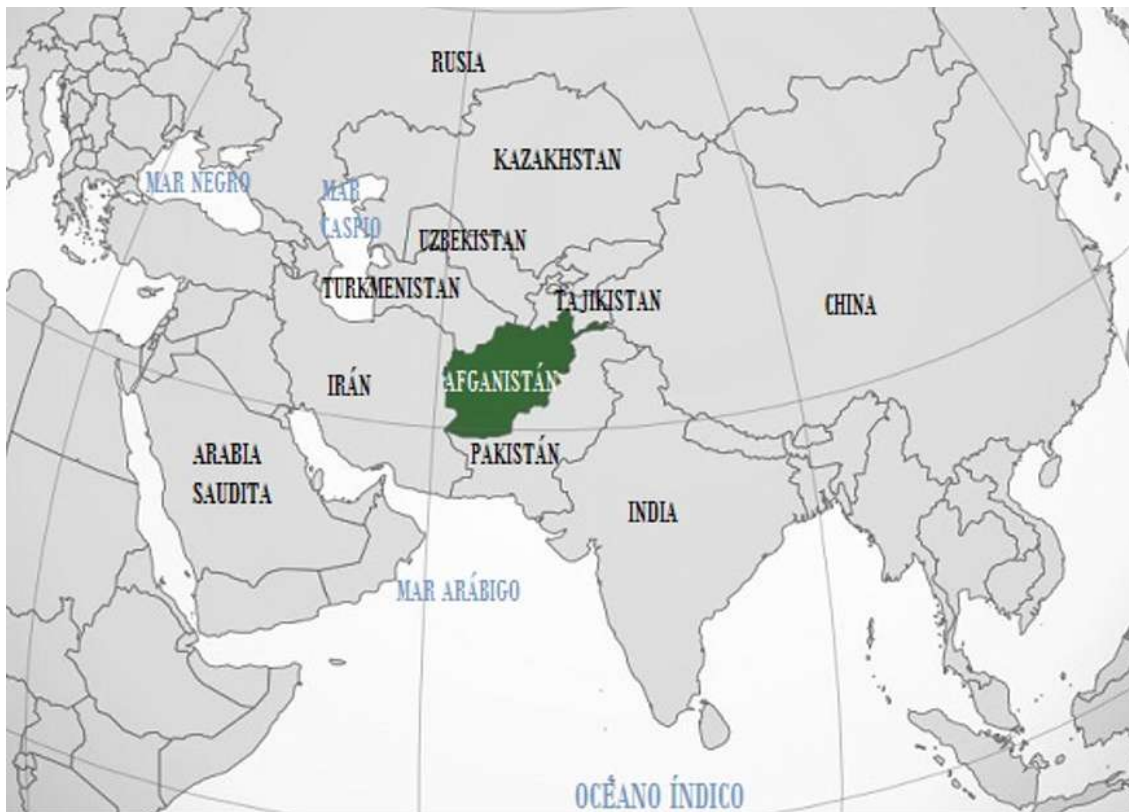
Gabriel E. Merino*

Joe Biden anunció el retiro de las tropas estadounidenses que aún se encuentran en Afganistán en septiembre de 2021, orden que también recayó sobre sus aliados/subordinados de la OTAN que fueron parte de la iniciativa militar.

Esta fue la guerra más duradera de los Estados Unidos, iniciada en octubre de 2001 luego de los atentados del 11/S. Constituyó la primera gran acción bélica de Estados Unidos y aliados en su difusa y contradictoria “Guerra contra el Terrorismo”, que tenía por objetivo estratégico hacer del siglo XXI un nuevo “siglo americano”, según formulaban los neoconservadores. Sin embargo, el resultado de la guerra en Afganistán se perfila como otra derrota estadounidense-occidental, que se suma al sinuoso derrotero iniciado en Vietnam y expresa su declive relativo. Por otro lado, el “nuevo siglo americano” es un sueño bastante más distante que hace 20 años atrás.

Biden fue vicepresidente de Barack Obama en cuyo gobierno se apostó muy fuerte para ganar esa guerra. Pero fracasó en dicho intento. Ahora

* IdIHCS- UNLP /CONICET, Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO China y el mapa del poder mundial. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.



Biden debe frenar el desgaste que significa esta guerra eterna y reequilibrar las fuerzas, lo que expresa cierta continuidad con el gobierno de Donald Trump. Tampoco tiene muchas opciones.

Si miramos el mapa y vemos a Afganistán desde la óptica del juego de estrategia chino conocido como Go, se observa que ya es una posición perdida para los grupos dominantes de Estados Unidos y el Occidente geopolítico. En el Go es posible capturar una piedra o un conjunto de piedras y eliminarlas del tablero si están completamente rodeadas. Algo así terminó de suceder en dicho Afganistán con el acuerdo firmado entre China e Irán que se selló este año. Lo que se suma a los lazos cada vez más estrechos que unen a China con Pakistán, los grandes avances de la llamada Nueva Ruta de la Seda (la Iniciativa de la Ruta y el Cinturón, BRI en inglés) y la solidez en Asia central de la Organización para la Cooperación de Shanghái liderada por China y Rusia —países que ahora avanzan hacia una Gran Asociación Euroasiática Integral.

Afganistán es un estado tapón surgido en el Gran Juego del siglo XIX entre el imperio británico y sus posesiones coloniales en la India que procuraba hacer avanzar hacia el norte hasta Asia Central y el imperio Ruso que buscaba una salida hacia el océano Índico. Ese choque fue decisivo en la delimitación de sus fronteras.

Allí se desgastó la URSS durante 14 años en la guerra afgano-soviética (1978-1992), lo que se convirtió en un símbolo de su derrota en la Guerra Fría. El juego estadounidense en esa guerra fue apoyar al movimiento islamista conocido como los muyahidines, que también fueron apoyados por Pakistán, China y Arabia Saudita, lo que muestra el marco de alianzas muy amplio para frenar a la URSS allí. De ese proceso surgieron los talibanes, que tomarían el poder en 1996.

La caída de la URSS, el declive de Rusia y la expansión de la influencia estadounidense y occidental sobre el espacio post-soviético, así como de otros jugadores como Turquía, hicieron de la región un posible foco de inestabilidad. Las amenazas de seguridad que planteaban para China tener la frontera oeste inestable y con creciente presencia de terrorismo islámico, además de la necesidad de resolver cuestiones limítrofes en Asia Central para que no devengan en conflictos que involucren a China y a Rusia, coincidía con la búsqueda por parte de Moscú de impedir una mayor pérdida de su influencia y seguridad en la frontera sur. Esto llevó a estas dos potencias a un proceso de acercamiento a partir de 1996-1997, en el marco del grupo de los cinco de Shanghái.

Justamente, 1997 es el año en que Zbigniew Brzezinski (1998) presta especial atención a lo que él denomina como los “Balcanes Euroasiáticos”, una suerte de “agujero negro” en Asia central que comprendería a 9 países: Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Azerbaiyán, Armenia, Georgia (todos parte de la URSS) y Afganistán. Allí formaliza varias premisas geopolíticas y geoestratégicas para EE.UU.:

1. Se debe impedir el resurgimiento de un imperio euroasiático.
2. El objetivo estratégico es desarmar el control ruso de la región y romper su monopolio sobre los recursos hidrocarburíferos del mar Caspio.
3. Hay varios jugadores importantes que buscan mantener o ganar grados de influencia en esa región ya que es fundamental en términos de transporte para conectar los dos extremos industriales de Eurasia y allí existen enormes reservas de gas, petróleo y minerales.
4. Los estados que merecen el mayor apoyo geopolítico de EE.UU. son Azerbaiyán, Uzbekistán y Ucrania. Todos ellos pivotes geopolíticos.

Frente a este avance que iban de la mano con la globalización neoliberal, el Consenso de Washington y el mundo unipolar, China y Rusia acuerdan construir una institución de seguridad conjunta, la OCS. Fundada finalmente en 2001, incluyó desde el comienzo a la ex repúblicas soviéticas de Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán. La integración de este último país fue clave porque para buena parte de los estrategas estadounidenses era un enclave geopolítico importante en su re-diseño de la región.

La OCS es expresión de nuevo momento en el mapa del poder mundial que se desarrolla entre 1997-2001 y establece el inicio de la transición geopolítica contemporánea, germen de la crisis del orden mundial y del desarrollo de una creciente multipolaridad relativa.

Hacia 1997 se desata la crisis del sudeste asiático y luego una ola de crisis (Rusia 1998, Brasil 1999, etc.) que implican un avance de las redes financieras globales y de las transnacionales (principalmente estadounidense) sobre dichos territorios económicos, profundizando los procesos de desnacionalización. Ello desató una reacción político-social no sólo en Asia sino también en América Latina, cuando vuelve a emerger los proyectos nacionales-populares. Para esos años China recupera Hong Kong en 1997 y Macao en 1999, últimos vestigios coloniales territoriales del imperialismo occidental en su país, y comienza a mostrar ciertos límites a la globalización con comando unipolar.

Tres meses después de la fundación de la OCS y luego del ataque terrorista conocido como 11/S, Estados Unidos y aliados deciden, justamente, entrar en guerra en Afganistán, territorio sur de Asia central y punto clave desde el cual contener este incipiente eje de poder en el corazón de Eurasia, que además cuenta con un frente marítimo en el Pacífico, nuevo centro dinámico de la acumulación mundial. Obviamente que la razón esgrimida para avanzar con la guerra era perseguir a su ex aliado Osama Bin Laden, protegido por los talibanes.

La semi-alianza entre China y Rusia que comienza a forjarse entre 1997-2001 y tiene como uno de sus puntos importantes la OCS desequilibró, desde inicio de siglo XXI, la ecuación de poder que sostenía la retomada de la hegemonía anglo-estadounidense a partir de los años 80': la ruptura entre China y la URSS y el acercamiento de Beijing con Washington concretizado en 1972, que cambió el mapa del poder mundial y estableció las bases geopolíticas tanto para la victoria estadounidense, como para el propio despegue económico de China, inserta como semi-periferia industrial en la nueva división del trabajo "posfordista", pero bajo un proyecto político estratégico autónomo con sólidas bases nacionales desarrolladas a partir de la revolución nacional y social de 1949.

A fines de 2009, luego de la gran crisis con epicentro en Occidente y el lanzamiento de los BRICS que mostraba otra postura de los polos de poder emergentes, el entonces presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, anunció un aumento de tropas para la Guerra de Afganistán, incrementando el número de soldados estadounidense en 100.000.

Ganar definitivamente dicho territorio fue una de las grandes apuestas de las fuerzas globalistas. La idea era abandonar progresivamente Irak, la cual llevaba a un resquebrajamiento de las alianzas occidentales (al perjudicar los intereses franceses y alemanes) y a enfrentarse con Irán, que en una situación de acorralamiento podía avanzar hacia un triángulo euroasiático contra-hegemónico contra China y Rusia.

En el otoño nórdico de 2011, la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, promovió repetidamente el plan de Estados Unidos

“Nueva Ruta de la Seda”, que tenía como objetivo establecer una red económica y de transporte internacional centrada en Afganistán, para conectar Asia Central y del Sur y se extienda a Oriente Medio. Por otro lado, con la iniciativa del Tratado Trans-Pacífico (TPP) y el impulso de una especie de OTAN del Indo-Pacífico por parte de Washington, como parte del giro geoestratégico dado por la administración Obama, China quedaba rodeada por tierra y por mar.

En este escenario, Wang Jisi, decano de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad de Beijing, fue uno de los que promovió el reequilibrio de la política exterior china. Él explicaba en un artículo en el periódico Global Times en 2012 que a partir de la administración Obama, cuando en Estados Unidos se desarrolló la idea de un “reequilibrio estratégico” con el tema de “volver a Asia-Pacífico” y, a su vez, las principales potencias globales como Rusia, India y la Unión Europea también ajustaron sus geoestrategias, la competencia geopolítica y geoeconómica de los grandes países se volvió cada vez más feroz. Entonces China debía “ir hacia el oeste”.

Beijing buscó enfrentar los desafíos planteados mediante un conjunto de respuestas con centro en Eurasia pero de escala global. Por un lado, en la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico en noviembre de 2014, Beijing además de sellar un conjunto de acuerdos políticos, comerciales y militares con distintos países, logró el apoyo de 21 países a una “hoja de ruta” para crear una zona de libre comercio en la región Asia Pacífico (la mayor área de libre comercio del mundo) y con Beijing como centro. La propuesta de una Asociación Económica Integral Regional finalmente se firmó en 2020 y constituyó una muestra más de cómo la pandemia aceleró las tendencias estructurales de la actual transición histórico-espacial.

La iniciativa que se destaca en el objetivo de “ir hacia el oeste” es la Iniciativa del Cinturón y la Ruta (BRI en inglés) impulsado Xi Jinping a partir de 2013. Esta ya involucra a unos 70 países, en su mayoría en desarrollo y gran parte de los cuales se encuentran en Eurasia. Se impulsan seis corredores terrestres euroasiáticos que desarticulan puntos nodales

de contención o estrangulamiento al desarrollo de China. Ello rompe el eje-tapón que separa territorialmente Asia-Pacífico y Europa, funcional a los “imperios de mar” occidentales.

En el marco del BRI en 2016 llegó el primer tren chino con mercancías a la ciudad afgana de Hairatan. El comienzo de la retirada estadounidense contrastó con el rápido posicionamiento de Beijing desde 2014 en este país en el corazón euroasiático, donde viene desarrollando importantes inversiones. Ello resulta clave tanto para el BRI como también por importantes razones de seguridad en la región china de Xinjiang, en donde el extremismo islámico separatista recibe apoyo desde Afganistán. La pacificación afgana contribuiría a proteger el Corredor Económico China-Pakistán y el nexo China-Irán con salida a las puertas del Golfo Pérsico.

El círculo a la posición estadounidense en Afganistán se cerró con el histórico acuerdo por 25 años con Irán, que establece un compromiso a largo plazo de inversiones chinas en infraestructura para modernizar la industria del país persa y abarca a los hidrocarburos, cuyas exportaciones se encuentran bloqueadas por Estados Unidos. El acuerdo desafía y, en parte, desarticula ese instrumento de guerra económica que desplegó Washington sobre Teherán. Un punto importante es el desarrollo del estratégico puerto iraní de Chabahar, junto con un ferrocarril desde allí hacia Zahedán, en la triple frontera de Irán, Pakistán y Afganistán. Además, en el caso de la infraestructura ferroviaria el acuerdo pone el foco en la línea Teherán-Mashhad que conectará con Afganistán y el puerto seco de Khorgos, en Kazajistán, completando el recorrido del “Tren de la Ruta de la Seda”.

En este escenario, resultan muy pertinentes las palabras del inglés Halford Mackinder pronunciadas hace más de un siglo, las cuales expresan en buena medida los actuales “temores” de Occidente:

“Hace una generación, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio

oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado “corazón continental” de Eurasia (...). ¿No es la “región pivote” de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles?”

En conclusión, la presencia de tropas de la OTAN en Afganistán ya tiene poco sentido, es una posición perdida. Allí se expresa una tendencia de las últimas dos décadas que tiene como elemento desatado el ascenso de China y una articulación de poder alternativa con centro en Eurasia, que contrasta el declive relativo de Estados Unidos, Occidente y el “atlantismo”. En algún sentido, parece que un siglo después las palabras de Mackinder sobre la era “post-colombina” o post-occidental son una realidad. Dicho proceso tiene nuevamente en Eurasia su eje clave, en donde EEUU perdió la primacía absoluta que ostentaba cuando inició la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

Brzezinski, Zbigniew. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.

Mackinder, Halford. (2010 [1904]). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)* vol.1, nº2, pp. 301-319.

Los primeros 100 días del gobierno de Biden

Política científico- tecnológica-innovativa

Fabio Grobart Sunshine*

Antes de las elecciones en las que triunfó ampliamente, Joe Biden venía preparado con planes para controlar la COVID-19, mejorar la atención médica, reducir las emisiones de carbono y restaurar el papel de la ciencia legítima en la formulación de políticas. Solicita experiencia y ha convertido ese conocimiento en propuestas políticas sólidas.

Sobre la COVID-19, afirmó correctamente que “está mal hablar de ‘elegir’ entre nuestra salud pública y nuestra economía ... “Si no derrotamos al virus, nunca volveremos a tener plena fuerza económica”.

Biden planeó crear una junta nacional de pruebas, un organismo que tendría la autoridad de disponer de recursos públicos y privados para suministrar más pruebas y llevarlas a todas las comunidades. También quiso establecer un Cuerpo de Trabajo de Salud Pública de 100 000

* Centro de Investigación de Economía Internacional, Universidad de la Habana, Cuba. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

personas, muchas de las cuales fueron despedidas durante la crisis de la pandemia, para que sirvieran como rastreadores de contactos y en otros trabajos de salud. Se dirigiría a la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional para que hiciera cumplir las normas de seguridad en el lugar de trabajo con tal de evitar el tipo de brotes mortales que habían ocurrido en las plantas procesadoras de carne y los hogares de ancianos. Si bien Trump amenazó con retener el dinero de los distritos escolares que no reabrieran, independientemente del peligro del virus, Biden quiso gastar \$ 34 mil millones para ayudar a las escuelas a llevar a cabo una instrucción presencial segura y el aprendizaje remoto.

Biden recibió asesoramiento sobre estos problemas de salud pública de un grupo que incluye a David Kessler, epidemiólogo, pediatra y exjefe de la Administración de Drogas y Alimentos de EEUU; Rebecca Katz, inmunóloga y especialista en seguridad sanitaria global de la Universidad de Georgetown; y Ezekiel Emanuel, bioético de la Universidad de Pennsylvania. No incluyó a los médicos que creían en los extraterrestres y desacreditaban las terapias con virus, uno de los cuales Trump ha calificado de “muy respetado” y “espectacular”.

Biden adoptó una iniciativa familiar y de cuidado, reconociendo esto como clave para una recuperación económica y de salud pública sostenida. Sus planes incluyeron un aumento de los salarios de los trabajadores de cuidado infantil y la construcción de nuevas instalaciones para los niños porque la incapacidad de pagar una atención de calidad mantendría a los trabajadores fuera de la economía y generaría una enorme presión sobre las familias.

Sobre el medio ambiente y el cambio climático, Biden estimó se gasten \$ 2 billones en un sector de energía libre de emisiones para 2035, construir estructuras y vehículos energéticamente eficientes, impulsar la energía solar y eólica, establecer agencias de investigación para desarrollar tecnologías seguras de captura de carbono y energía nuclear etc. La inversión produciría dos millones de empleos para los trabajadores estadounidenses, afirmar su campaña, y el plan climático se pagaría en parte mediante la eliminación de los recortes de impuestos

corporativos de Trump. Las comunidades históricamente desfavorecidas en los EEUU recibirían el 40 por ciento de estos beneficios de energía e infraestructura.

No se sabe con certeza cuántas de estas y otras ambiciones pudo lograr Biden; mucho dependería de las leyes que se redacten y aprueben en el Congreso. Pero es muy consciente de que deberemos prestar atención a la abundante investigación que muestre formas para recuperarnos de nuestras crisis actuales y hacer frente con éxito a los desafíos futuros.

Aunque Trump y sus aliados habían tratado de crear obstáculos que impidieran que las personas emitieran sus votos de manera segura en noviembre, ya sea por correo o en persona, fue crucial que los superamos y votamos. Fue hora de sacar a Trump y elegir a Biden, quien tiene un historial de seguir los datos y ser guiado por la ciencia¹.

Primeras 17 instrucciones de Biden recién electo Presidente

Entre las principales órdenes ejecutivas que comenzarían a abordar la cuestión del cambio climático, Biden firmó una carta para el reingreso de EEUU a los acuerdos climáticos de París, a los que se reincorporaría oficialmente en los próximos 30 días. (En 2019, Trump notificó formalmente a las Naciones Unidas que EEUU se retiraría de la coalición de casi 200 países que trabajaban para alejarse de los combustibles fósiles que calientan el planeta, como el carbón, el petróleo y el gas natural).

En otras órdenes ejecutivas, Biden comenzó a revertir una serie de políticas ambientales del gobierno Trump:

¹ “From Fear to Hope” en Scientific American 323, 4, 12-13 (octubre de 2020). doi: 10.1038 / scientificamerican1020-12

- incluyendo la revocación del permiso para el oleoducto Keystone XL;
- la reversión de los retrocesos en las normas de emisiones de vehículos;
- la anulación de las decisiones de reducir el tamaño de varios monumentos nacionales;
- la aplicación de una moratoria temporal sobre las concesiones de petróleo y gas natural en el Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico;
- el restablecimiento de un grupo de trabajo sobre los costos sociales de los gases de efecto invernadero.

Sobre la igualdad racial y LGBT, Biden pondría fin a la Comisión 1776 del gobierno Trump, que publicó un informe que, según los historiadores, distorsionaba el papel de la esclavitud en Estados Unidos, entre otros aspectos de la historia.

Biden también revocó la orden ejecutiva de Trump que limitaba la capacidad de las agencias federales, contratistas y otras instituciones para realizar la formación sobre diversidad e inclusión.

El presidente designó a Susan Rice, quien es la jefa de su Consejo de Política Interior, como líder de un esfuerzo “robusto e interagencial” que requiriera que todas las agencias federales hagan del “desarraigo del racismo sistémico” algo central en su trabajo.

Su orden específica a las agencias para que revisen e informen sobre la equidad en sus filas en un plazo de 200 días, incluyendo un plan sobre cómo eliminar las barreras a las oportunidades en las políticas y programas. La orden también se dirige a garantizar que los estadounidenses de todos los orígenes tengan el mismo acceso a los recursos, beneficios y servicios del gobierno federal.

Pone en marcha un grupo de trabajo sobre datos, así como el estudio de nuevos métodos para medir y evaluar los esfuerzos federales en materia de equidad y diversidad.

Otra orden ejecutiva refuerza el Título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964 para exigir que el gobierno federal no discrimine por orientación sexual o identidad de género, se trataría de una política que revierta la acción del gobierno de Trump.

Sobre la economía, Biden busca extender una moratoria federal sobre los desalojos y ha pedido a las agencias, incluyendo el Departamento de Agricultura, Asuntos de Veteranos y Vivienda, y Desarrollo Urbano para prolongar una moratoria sobre las ejecuciones hipotecarias garantizadas por el gobierno federal que se promulgó en respuesta a la pandemia de coronavirus. Todas las prórrogas durarían al menos hasta finales de marzo.

El Presidente también tratará de mantener una pausa en el pago de los intereses y el capital de los préstamos estudiantiles federales hasta finales de septiembre, aunque los grupos progresistas y algunos demócratas del Congreso han presionado a Biden para que vaya mucho más allá y cancele hasta 50 000 dólares de deuda estudiantil por persona.

Sobre la responsabilidad del gobierno, siguiendo los pasos de algunos de sus predecesores, Biden ha establecido normas éticas para los que pres-ten servicio en su gobierno tengan como objetivo “restaurar y mantener la confianza en el gobierno”. Ha ordenado a todos sus nombramientos en el poder ejecutivo que firmen un compromiso ético.

Por último, Biden congeló todas las nuevas normas puestas en marcha por su predecesor para dar tiempo a su gobierno a evaluar cuáles desearía sacar adelante. El objetivo del memorando es evitar las denominadas regulaciones políticas impulsadas por un Presidente sin poder efectivo/saliente que no esté limitado por consideraciones electorales. El ritmo rápido a menudo reduce la oportunidad de que el público o la industria revisen las políticas.

¿Qué arreglos institucionales podríamos esperar en 2021?²

La administración Biden se está alejando bruscamente de las políticas de la administración Trump. El cambio clave más importante consistió en que Biden nominara a Eric Lander como director de la OSTP y, a la vez, como asesor científico presidencial al nivel de gabinete, una especie de ministro sin cartera. El Director de la OSTP co-preside el Consejo de Asesores de Ciencia y Tecnología del Presidente (PCAST) y apoya al NSTC a nivel del gabinete, presidido por Biden.

Lander es un matemático y genetista que ayudó a mapear el genoma humano, así como el director fundador del Instituto Broad del MIT y Harvard. Alondra Nelson se convertirá en subdirectora de política científica. Es profesora de ciencia, tecnología y desigualdad social en Princeton. Kei Koizumi ha sido nombrado jefe de personal de OSTP. Tiene experiencia en la Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia (AAAS), así como en la OSTP y la NSTC.

Estos nombramientos reflejan un enfoque amplio para el uso de la ciencia y la tecnología: Lander representando las ciencias “duras”, Nelson reflejando el enfoque de estudios críticos de ciencia y tecnología, mientras que Koizumi aportando su vasta experiencia en investigación práctica y formulación de políticas de innovación.

PCAST

Cada administración acuerda (o rechaza) el Consejo de Asesores de Ciencia y Tecnología del Presidente (PCAST) con un mandato amplio para asesorar al Presidente sobre la política de CTI y temas relacionados.

Biden ha nombrado a Maria Zuber (Profesora EA Griswold de Geofísica en el Instituto de Tecnología de Massachusetts) y Frances Arnold

² La nueva política de ciencia y tecnología de la administración Biden: <https://www.fpol.no/the-biden-administrations-new-science-and-technology-policy/> 17 de marzo de 2021

(Premio Nobel y Profesora Linus Pauling de Ingeniería Química, Bioingeniería y Bioquímica en el Instituto de Tecnología de California) como copresidentes de PCAST. Estos asesores científicos pueden designar a alguien para que sea el director de tecnología de EEUU. PCAST tendrá hasta 26 asesores.

La Ley de la Frontera Infinita

El líder de la mayoría en el Senado, Chuck Schumer, un demócrata, está liderando el trabajo sobre la Ley Bipartidista Endless Frontier. El nombre se refiere al informe de política científica de Vannevar Bush, asesor científico del presidente Roosevelt, *Science the Endless Frontier*, que presentó una visión posterior a la Segunda Guerra Mundial del papel de la ciencia en 1945.

Schumer está claramente impulsado por el temor de que Estados Unidos se quede atrás de China en áreas como semiconductores, inteligencia artificial e investigación biomédica, e.o.

La idea sería convertir la NSF en una Fundación Nacional de Ciencia y Tecnología, aumentando significativamente su financiación en el proceso. Este es un proyecto de ley tradicional de “impulso tecnológico” dirigido a varias “áreas clave de enfoque tecnológico”. Los fondos adicionales se destinarán a centros y consorcios dirigidos por universidades. No hay indicios de un enfoque como el de la UE para una “política de innovación de tercera generación” con misiones que tuvieran como objetivo los Objetivos de Desarrollo de la ONU.

¿Qué tipo de política de CTI podemos esperar de Biden?

En una carta de Eric Lander fechada el 15 de enero de 2021 el presidente Biden se referiría a *Science the Endless Frontier*, claramente deseando un actualizado informe de tipo similar.

Biden sostiene que sería esencial que se refresque y revitalice la estrategia nacional de ciencia y tecnología para poner a los EEUU en un rumbo sólido durante los próximos 75 años: “... para que nuestros hijos y nietos puedan vivir en un lugar más saludable, más seguro, más justo y pacífico y mundo próspero “.

Biden solicitó de Lander recomendaciones sobre las estrategias generales, acciones específicas y nuevas estructuras que el gobierno federal debería adoptar al plantear cinco preguntas mayores: 1) ¿Qué podremos aprender de la pandemia relacionada con nuestra salud pública?; 2) ¿Cómo podrán los avances en ciencia y tecnología crear nuevas y poderosas soluciones?; 3) ¿Cómo podrían los EEUU garantizar el liderazgo mundial en tecnologías e industrias del futuro?; 4) ¿Cómo podríamos compartir los frutos de la ciencia y la tecnología?; 5) ¿Cómo podríamos garantizar la salud a largo plazo de la ciencia y la tecnología?

La carta refleja una fuerte creencia en la capacidad de la ciencia para proporcionar al mundo soluciones a todos sus problemas. Aunque Biden no problematiza en la misma medida el papel de la ciencia en la sociedad, sí refleja la distribución desigual de los beneficios de la ciencia y la tecnología a través de los enfoques raciales, de género, económicos y geográficos. “¿Cómo podríamos asegurarnos de que los estadounidenses de todos los orígenes se sientan atraídos tanto por la creatividad como por las recompensas de la ciencia y la tecnología?” solicitaría él.

Alondra Nelson, su nueva asesora científica adjunta, diría al respecto que “la ciencia en su esencia es un fenómeno social, un reflejo de la gente” y argumentaría que la forma en que construyamos algoritmos de inteligencia artificial, brindemos atención médica, son “elecciones humanas, importaría, pues, quién tome las correspondientes decisiones”.

Ella señaló que, como investigadora negra, está “muy consciente de quiénes faltan” en tales decisiones en la actualidad.

Sobre la interferencia política

El presidente Joe Biden también se ha referido a la forma en que la ciencia se ha convertido en una parte sustancial de los campos de batalla políticos de EEUU. Al respecto ha creado un grupo de trabajo del NSTC que deberá llevar a cabo una revisión en 120 días de las políticas de integridad científica en todo el gobierno de los EEUU. Ha solicitado al grupo de trabajo que observe casos en los que una “interferencia política indebida” haya obstaculizado la investigación o la haya conducido a la supresión o distorsión de datos.

El “Memorando sobre el restablecimiento de la confianza en el gobierno mediante la integridad científica y la formulación de políticas basadas en evidencias”, implicaría una clara crítica de las prácticas de Trump. El documento subraya que “los hallazgos científicos nunca deberán ser distorsionados o influenciados por consideraciones políticas”.

Inversiones

El presidente Biden está cumpliendo su promesa de acelerar las inversiones en I+D, al crear un nuevo Grupo de Trabajo de Innovación Climática como parte del Grupo de Trabajo Nacional sobre el Clima para avanzar en su compromiso de fundar la “Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada sobre el Clima” (ARPA-C).

En el interregno, EEUU ya se ha reincorporado al acuerdo climático de París. Por otro lado, Biden ha confirmado los ambiciosos planes de la administración Trump para enviar personas de regreso a la Luna.

Conversatorio virtual

America is back? Biden y la transición del poder hegemónico global



CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais



CEHSEU
CENTRO DE ESTUDIOS HEMISFÉRICOS Y SOBRE ESTADOS UNIDOS
UNIVERSIDAD DE LA HABANA



PEPI
Pós-Graduação em Economia Política Internacional
UFRRJ

Conversatorio virtual

AMERICA IS BACK? BIDEN Y LA TRANSICIÓN DEL PODER HEGEMÓNICO GLOBAL

Viernes 25 | junio | 2021

- > **14:00 a 16:00 hs.** (México/Colombia)
- > **15.00 a 17.00 hs.** (Cuba)
- > **16:00 a 18:00 hs.** (Argentina/Brasil)

Transmisión en vivo

-  **Zoom** (requiere inscripción)
-  [facebook.com/CLACSO.Oficial](https://www.facebook.com/CLACSO.Oficial)
-  [youtube.com/CLACSOtv](https://www.youtube.com/CLACSOtv)

Participan

- Yasmín Martínez Carreón (México)
- Luis Suárez Salazar (Cuba)
- Jaime Zuluaga Nieto (Colombia)
- Raúl Rodríguez (Cuba)
- Carlos Eduardo Martins (Brasil)

Comentan

- Leandro Morgenfeld (Argentina)
- Gabriel Merino (Argentina)

Modera

- Mariana Aparicio Ramírez (México)

Organizan:

- Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos
- Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos, Universidad de La Habana
- Programa de Pós-graduação em Economia Política Internacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro
- Grupo de investigación "Las cuatro estrategias de América Latina frente a la crisis de hegemonía estadounidense y la transición hacia un mundo multipolar" en el marco de la beca CLACSO Los desafíos del multilateralismo en un mundo multipolar y tiempos de crisis

Link para inscripción: <https://www.clacso.org/actividad/conversatorio-virtual-america-is-back-biden-y-la-transicion-del-poder-hegemonico-global/>



Boletín del Grupo de trabajo
Estudios sobre Estados Unidos

Número 5 · Junio 2021